

ciones, aquella época en que el país, rendido casi á la penosa contienda que habia sostenido por dos lustros, parecia vacilar entre la consumacion ó el abandono total del pensamiento que se anunció en Dolores en 1810, la época en que los golpes mas terribles, las experiencias mas costosas, los engaños mas funestos habian como amortiguado el antiguo esfuerzo, y llamaban al terreno del consejo, del cálculo y la sabiduría, la cuestion que se habia debatido sin orden en el campo de batalla, la época en que acaso por la primera vez el criterio político abarcaba en su pensamiento la situacion del país, la época en que iban á sopesarse, digámoslo así, por las mas altas inteligencias de Méjico las esperanzas y los recursos de dos grandes colonias para llegar á la independencia. Era necesario reunir á los grandes hombres, y no existian aun en el punto de exageracion que hoi conocemos esas rivalidades políticas que han venido á crear entre nosotros cierta especie de escepticismo cuando se trata de recompensar el mérito y la virtud. Las reputaciones de esta época estaban acrisoladas en todas las pruebas, y podian pasar á la posteridad sin el inconveniente de la duda. Una de estas reputaciones esclarecidas fué la del SEÑOR PORTUGAL: nuestros fâstos nacionales le presentan como uno de los individuos á quienes fué cometida la promocion de nuestra independencia, y en tan célebre junta, impelido por una confianza y un honor sin límites, desenvolvió aquella imponente actividad, cuyo recuerdo se conserva todavía mui vivo al cabo de treinta años.

No todos los tiempos son igualmente propicios para la celebridad: hai siglos estériles y siglos fecundos, y la realizacion de la independencia de Méjico forma una de estas grandes épocas donde la posteridad ve incorporarse de lleno á los héroes y á los sabios de primer orden. No podia ocul-

tarse al Sr. Portugal la conquista que acababa de hacer para su nombre; pero esto, que hubiera sido ya mucho para la ambicion, era mui poco para la virtud. Tal es la diferencia que media entre el ciudadano que forma la política y el ciudadano que forma la religion: el uno se ve á sí mismo; el otro ve siempre á la patria: el uno complica sus intereses con los intereses sociales; el otro inmola sus intereses y sus esperanzas en las aras de la prosperidad pública: el uno ve siempre al pueblo por lo que de él espera; el otro ve siempre á Dios por lo que de sí desconfia: el uno arrastra con pena los disgustos por entre la carrera de los aplausos; el otro soporta con dificultad los honores por el sendero de los sacrificios y el teatro de las sólidas virtudes.

De esta manera admiro el genio de la religion en el carácter social de tan esclarecido personaje; y no me sorprende ya que esos tributos de honor, que tanto relajan á veces los resortes del merecimiento, no enerven sus facultades ni detengan sus pasos por la carrera de bien. Vedle, si no, en el gran sistema de su vida política; seguidle por esa carrera vastísima que anduvo entre la admiracion y el reconocimiento. La independencia, que para otros era un objeto final, se presentó siempre á su vista como la grande transicion de un pensamiento que arrastraba de continuo su corazon á la sólida ventura, progreso legítimo, goces reales y grandeza bien entendida de su patria. Ved cómo domina esta idea en todos los pasos de su carrera pública, cuál se sobrepone á todas las dificultades, y cómo triunfa en las situaciones mas imponentes y en las crisis mas terribles. ¿Quién de todos los que me escuchan, quién de todos los mejicanos echará nunca en el olvido aquella época para siempre memorable, en que desarrollándose sobre las opiniones no sé que influencia fatal, electrizó las pasiones políticas hasta el extremo de

precipitar aquella tremenda crisis que tuvo su desenlace en la espulsion de los españoles? ¿Y quién podrá recordar esta época sin ver descollar entre todas sus eminencias históricas la imagen respetable y gloriosa del esclarecido ciudadano que ha perdido nuestra patria? Preocupaciones funestas, intentos mal encubiertos, ambiciones rayando en frenesí, odios rápidamente encendidos al fuego devorador de las pasiones de partido, cálculos en que todo el porvenir se sacrificaba ante los mal entendidos intereses de lo presente, plantaron aquí y allá la semilla funesta que vino á dar sus frutos en una ruina que la nacion mejicana no reparará nunca: en ese golpe funestamente memorable que hizo sucumbir ante las legiones armadas á los augustos representantes de la nacion, y que con el ejemplo mas humillante que presenta nuestra historia, parecieron desplomarse sobre los padres conscriptos las techumbres del santuario que encerraba con la magestad de las leyes todo el porvenir de la nacion mejicana. *Union*, dijo el héroe de Iguala, y un solo dia, una sola hora, un momento solo, por ventura, resolvió la cuestion de tres siglos. *Espulsion de españoles*, pronunciaron algunos malogrados caudillos, y en el mismo santuario de las leyes quedó violado el pacto, desapareció el grandioso elemento de la prosperidad pública: las pasiones vieron brillar su dia; pero la nacion jóven empezaba ya á sentir la parálisis que tan prematuramente habia de orillarla hasta el sepulcro. ¿Quién conjurará esta tormenta? ¿quién pronunciará el *hasta aquí* al desenfreno de los partidos? ¿quién desplegará sus labios, para reclamar en frente de las furias indómitas los sacros deberes de la justicia? ¿quién volverá por la causa de la religion y de la moral en el fondo de ese torbellino político? ¡Ah, señores! Todo es en vano para salvar á la inocencia. *Espulsion de españoles*, pronuncia un soldado, *espulsion de espa-*

*ñoles* grita un tribuno, *expulsion* gritan las turbas seducidas, *expulsion* resuena dentro de los muros encubiertos en que pasan los clubs: es una especie de fiebre que cunde por todas partes. Elimínase de la historia de tres siglos cuanto podia tocar á la compasion y afectar á la gratitud; enloquécese las opiniones, prostitúyese la prensa, envilécese la crítica, condénanse los clamores de la verdad y los acentos de la justicia; y no parece sino que para castigar el perjurio de tantos corazones avasallados á los intereses del momento, Dios dejó caer las tinieblas de la noche sobre las ántes esclarecidas mentes de tantos varones insignes. ¿Dónde está el hombre de esta época? ¿Dónde el varon celoso que ha de lanzar el terrible anatema de la posteridad? ¿Dónde la palabra triunfante que ha de pronunciar la solemne protesta de la verdad, de la justicia y de la religion contra los furores impíos de una faccion desenfrenada? ¿Quién se atreverá á desplegar sus labios en una crisis tan terrible? ¿Quién querrá ser el mártir de la patria, inmolando la boga del momento y la falsa quietud de la cobardía en las aras augustas del deber? ¡PORTUGAL, insigne PORTUGAL, esclarecido patriota: he aquí tu hora, he aquí tu teatro! A este punto del tiempo, á esta crisis de la patria te llaman tu genio, tu virtud y tu destino. ¡O dias para siempre célebres! ¡O época perdurable en los fastos de la gratitud! En los momentos mismos, señores, en que la iniquidad consumó su obra, la virtud cívica creó un héroe. Partiéronse las entrañas de la grande nacion, rompiéronse los lazos de la inmensa familia, hundiéronse las tradiciones gentílicas bajo las huellas confundidas de un pueblo de proscriptos y un pueblo de perseguidores; pero salvóse la verdad, salváronse los principios en la vigorosa elocuencia del Illmo. Portugal; y él solo, al frente de unos cuantos escogidos por Dios, para que el

error y la iniquidad no prevaleciésen, quedó en pié sobre tantas ruinas, anatematizando lo presente y salvando el porvenir.

¿Qué no podría decirnos, señores, si analizando su vida política, ó siguiéndola paso á paso con la mirada profunda de la reflexion, me empeñase en mostrar uno por uno los cuadros magníficos que ella contiene? Todos recuerdan aquella elocuencia varonil, aquella lógica irresistible, aquella fuerza de persuacion, aquel grave peso de autoridad que habian llegado á ser sus caracteres, y que se recordaban con solo su nombre. Sus mismos enemigos en el debate parlamentario rodeaban su tribuna cuando se anunciaba con la palabra, pagando así al orador insigne un tributo de admiracion y gusto, en los momentos mismos en que tronaban tambien contra el antagonista. ¡Admirable triunfo, que no consiguen por sí los mas bellos talentos, si no cuentan con el ascendiente de la autoridad y los respetos de la virtud!

¿Quién extrañará, pues, que aquel carácter social de primer orden haya constantemente fijado la opinion pública para los mas delicados empleos, y que solo la voz de la religion, llamándole á un principado de la Iglesia, pudo haber hecho que hubiese quedado vacía la silla curul que habia ocupado con tanta gloria?

Mas no imaginéis por esto, señores, que su advenimiento al episcopado hubiese apartado su corazon de las exigencias imperiosas, de las grandes crisis, de las glorias ó pesadumbres de la patria. Nunca olvidarémos aquella época en que las facciones triunfantes le mandaban á una parte, y la opinion pública le fijó en otra, en que marchando al destierro entró en el gabinete, y anticipándose tal vez aquella triste melancolía con que agrava el corazon del proscrito la imagen de la patria, se vió súbitamente convertido por la Providencia divina en un agente de la restauracion social, en

órgano del poder público, bajo la investidura honorífica de *Ministro de justicia y negocios eclesiásticos*, cuando se trataba nada ménos que de restaurar la moral casi perdida, y de reponer á la Iglesia en los derechos que á mano armada la habian disputado las pasiones políticas, desde los escaños del congreso y los palacios de los gobiernos.

Pero qué, ¿es esto todo? Sin duda alguna que ha ganado mucho lustre para la simple celebridad el ciudadano eminente que logra recorrer tantos grados por esta escala bien difícil de honores y de confianza pública: mucho es haber merecido el derecho de sufragio en las juntas electorales, pagado á la patria un cuantioso contingente de saber en las grandes discusiones, oprimido el error sofístico bajo el influjo de una dialéctica irresistible á la faz de ilustres galerías, avasallado el talento de la oposicion entre los aplausos del pueblo y ante la imagen seductora de la verdad triunfante en los parlamentos, encadenado la opinion, electrizado el entusiasmo y subyugado las pasiones con el ascendiente y bajo el poder de la elocuencia tribunicia. Pero vuelvo á decir, ¿es esto todo? Yo interpelo á vosotros, políticos profundos, sabios distinguidos, los que habéis ocupado y ocupáis aún los primeros asientos en la noble galería de nuestros hombres de Estado, los que sentís palpitar vuestro pecho cuando se habla de triunfos y derrotas en las vicisitudes inapreciables de la opinion, los que hojeáis el libro fugitivo de vuestras memorias políticas cuando se trata de caracterizar el influjo vário del talento, del genio y de la accion en la marcha de los negocios y en la suerte de la sociedad. ¿No es verdad que no se han limitado á esto solo vuestras aspiraciones patrióticas? ¡Ah! si en tan excelentes rasgos de un carácter político estuviera cifrado todo el bello ideal del ciudadano influente, la gloria

seria de muchos; pero la gloria es de pocos, porque pocos en verdad llegan al *non plus ultra* del merecimiento y del concepto público. Sea que en esta noble prerogativa del genio y de la virtud figure solo el cálculo de la inteligencia en el gobierno de la conducta, sea que juegue tambien con sus caprichos la fortuna vária de los hombres, pocos entre ellos hai que cuenten con la luz y fuerza necesarias para salir del torbellino tenebroso de las contiendas civiles á presentar con una frente limpia y un continente reposado y magestuoso al hombre *sin miedo y sin tacha* de la historia, al héroe civil, si me permitís la frase, que despues de haber electrizado la imaginacion, ha recogido los triunfos mas espontáneos y universales entre las turbas beligerantes, en medio de las crisis mas peligrosas y con el beneplácito de todos los partidos. Esto ya es mucho, señores; esto es todo, porque esto es la gloria en el orden civil; y, demos á Dios las gracias, esta gloria social fué la propiedad cívica, digámoslo así, del Illmo. Sr. Portugal, considerado como ciudadano, como elector, como diputado, como senador, como ministro, como patriota y como verdadero mejicano. Dios nos dió una patria y quiere que la amemos: á Dios vuelva la gloria de que Méjico cuente entre sus hijos un modelo tan perfecto de todas las virtudes sociales.

Pero, señores, decidme: si hubiésemos de suprimir de aquí las ideas de la religion; si en la imponente categoría de tantas causas impulsivas de la conducta social no figurase, y en el mas excelso rango, el verdadero fin del hombre, cifrado en amar á Dios sobre todas las cosas, para verle y gozarle eternamente; si con tan penosos é ilustres esfuerzos no ambiciona el ciudadano distinguido sino el incremento de los honores, la boga popular, el respeto y la admiracion del mundo, ¿qué viene á ser todo esto que acabo de presentaros

como un tegido brillante de preciosas margaritas para ornar las sienas de mi héroe? Dicho estaba por el sabio mucho tiempo ántes que la gloria cubriera con sus albores póstumos las elegantes estátuas de los Demóstenes y Tulios, de los Cincinatos y Camilos y tambien de los Constantinos y Carlo-Magnos. ¡Vanidad! ¡Vanidad! ¿Quién puede pasar su vista por las primeras páginas del Eclesiastes, de este sublime resumen de las grandezas humanas, que hace la verdad por esencia en el primero de todos los libros, quién, que acabe de leer estas páginas, tendrá todavía calor en la sangre, colorido en la imaginacion, aliento y ánimo, para escuchar sin frialdad esas narraciones fastidiosas de unos hechos, ruidosos é ilustres, si queréis, pero en que no hayan tenido parte alguna la religion y la moral?

Acordaos de aquel rei en quien parecian competir la gloria y la sabiduria; acordaos de aquellos instantes solemnes en que llamando á la revision la historia de un reinado magnífico, pronunció á la faz de los siglos dos palabras que han quedado vivas sobre los sepulcros, para perpetuar en el pensamiento de las edades futuras todos los desengaños: ¡Vanidad de vanidades!! Acordaos de aquel rigor inflexible con que somete á la lei de la nada hasta lo que ménos accesible parece á los embates de la muerte, es decir, las producciones del pensamiento: “Yo he aplicado, decia, mi corazon al pensamiento de la prudencia y de la doctrina, de los errores y desaciertos; mas he visto que aun esto no era mas que afliccion de espíritu.” Acordaos de aquel sublime resumen que hace de la misma naturaleza, aquella vista profética sobre el mundo físico y moral, aquel exámen severo de cuanto pasa en el orbe entre la admiracion y la fama, reducido todo, bien lo sabéis, á la triste condicion de la vanidad: “He presenciado todo cuanto pasa en la tierra, decia, para des-